



por Miguel Sarmiento
(1876 – 1926)

(Conclusión)

VIII

El amanecer de Amparo en el "Celaje" y el naufragio del bote de Cachito en los arrecifes de la costa, fueron comentados apenas por las gentes de los muelles. Lo ocurrido aquella misma noche en el antepuerto, y lo que sobrevino al romper el alba fue mucho más trascendental y concentró todo el interés y las inquietudes del público.

Los dos cazatorpedos alemanes refugiados en la isla días antes, habían huido amparados de la noche y la lluvia.

Descubiertos por los reflectores y atacados por la artillería de los ingleses, uno se había ido a pique y el otro escapaba perseguido de los cazatorpederos enemigos. Terminado el tiroteo, la escuadra inglesa, desplegada ante el Puerto, había desembarcado varias columnas de marinería con orden de ocupar los depósitos de carbón y los muelles y amenaza de bombardear el caserío al primer conato de resistencia. Así contestaba el almirante inglés a quienes habían permitido la salida de los cazatorpederos en vez de desarmarlos.

El pánico fue general. Se paralizó el trabajo en los muelles. Muchos vapores zarparon a media descarga; mujeres y niños emigraron hacia el interior de la isla en carretas y carretones abarrotados de trastos de los menajes humildes.

Amparo y Tenique convinieron en mandar a sus padres a la aldea. Ellos saldrían por la tarde en el bote, hacia los Valles, con los demás cambulloneros que emigraban también. La guerra arruinaba al Puerto. No se ganaba ni un penique; la fruta se pudría, los pájaros se tragaban en cañamones los ahorros. No había más recursos que emigrar a la banda del Sur y dedicarse al negocio muy lucrativo y arriesgado de abastecer de víveres frescos a la escuadra bloqueadora.

Partieron al anochecer. No soplabla la brisa y arrancaron a fuerza de remo sin apartarse de la costa, a fin de aprove-

char las primeras rachas del terral. El tiempo estaba en calma, y el aire, diáfano después de la lluvia, parecía aguardar la aparición de las estrellas. Al soplar el viento de la noche, largaron todo el aparejo y arrumbáronse de bolina, camino de los Valles. Como era plenilunio no encendieron luces. Del horizonte claro subía el humo de los cruceros ingleses. En las montañas, bajo la Luna, brillaba la cal de los caseríos remotos... A ratos se quedaba la brisa y gualdrapeaba el velamen; a ratos venía una racha, se henchían las lonas, inclinábanse a sotavento los botes y burbujeaban a popa las estelas.

IX

Apuntaba el alba cuando abocaron los Valles. Amparo palmoteó de gozo. Con las últimas rachas del terral llegaron el "Celaje" el aroma de los huertos, el ladrido de los mastines, el cantar de los arrieros que desfilaban, a la cabeza de sus reuas, por la playa, chapoteando en las olas tendidas al pie de los montes. Desde los pinares descendían bandadas de pájaros, dejábanse caer en pelotón veloz, y, a punto de tocar el mar, abrían las alas, y partían a la ventura derramando el susurro de su vuelo sobre los botes y el agua azul, casi negra a la sombra de la costa.

Aquella misma mañana emprendieron el negocio. Nadie se opuso a que surtieran de víveres a los barcos ingleses. En los Valles, en los caseríos olvidados entre los barrancos de la costa del Sur, se desconocía lo ocurrido en el Puerto. En realidad, la isla no estaba en guerra. Y además aquellos buques no eran enemigos. Tripulados por gentes de otra nación, único sostén de tantos pobres, no podían odiarlos hasta que así lo ordenasen los que decretan la animosidad o el amor de los pueblos.

Fue una vida de libertad, de aventura y de lucro. Horas antes de amanecer, zarpaban los botes cargados de frutas, de hortalizas y aves. Los gallos amarrados azotaban con sus alas la cubierta; las naranjas esparcían un aroma penetrante de huerto; bajo las velas el agua parecía huir besando la borda, en fuga rápida llena de murmullos en los que Amparo pretendía sorprender frases. Al paso de los cambulloneros se paraban a veces los mismos transportes abarrotados de ganado para la escuadra. En ocasiones era un torpedero el que llegaba a recoger los víveres. Otras acudía una falúa a vapor con un remolque de lanchas. Y hasta se daba el caso, muy pocos, de que al orzar hacia tierra, los acorazados y cruceros se detuviesen a esperar la flotilla.

Al atracarse a un acorazado parecíale, a la Jaira, arribar a una isla alta y temible. A su sombra el agua se obscurecía como al pie de un cantil inabordable. La mole se quedaba quieta, indiferente a las ondas que asaltaban su vientre trágico manchado acá y allá de regueros de vapor o agua sucia.

Junto al buque, Amparo permanecía muda, con su alma salvaje rendida a la sugestión de la gran montaña de acero forjado para el odio y la muerte. Sus manos se apoyaban medrosas en la coraza. Sobre su cabeza pendían los tangones; sobre los tangones alzábanse las torres blindadas y sobre las torres las bocas de fuego tendidas hacia lo lejos. Y más arriba los puentes; y por encima de los puentes, las chimeneas; y más altos aún, vibrando en el vaho de los hornos y casi invisibles en el sol los hilos "de hablar" donde, al creer de Amparo, venían a posarse las palabras como una banda de palomas.

Transbordados los víveres, el acorazado reanudaba su andar. El agua agitada por las hélices zarandeaba la flotilla e iba a romper en la costa. Quedaban en el aire el humo y el tufo del carbón y entre los botes el borbollar y el vacío de un hundimiento...

X

— ¡Por ésta! (besando el pulgar y el índice en cruz). Te lo juro. Soy asina. Yo no he nacido para tener casa ni hacer la señorona ni andar de comadreo. Me gusta vivir como vivimos, salta pa cá, salta pa allá, como un perro sin choza. Sobre estos cuatro maderos y con estos cuatro cacharros y tú a mi vera, ▶

no me cambio con la reina en su camerín dorao. Pa balcón éste con toa la mar por delante; pa música la de los gorriones, y pa luz la der sol que me jizo negra cuando entodavía andaba yo como un gusano, agarráa a las tetas de mi madre. ¿Que la reina tiene espejos? Más ancha y más clara es toa esta agua que no se acaba nunca. ¿Que tié anillos y diamantes? Más tengo yo cuando meto las manos en la mar. ¿Que tié encajes ricos? No valen toos ellos lo que una ola reventada en la playa. Mira tú: tanto me gusta too esto, y tanto lo quiero, que me gorvería roca para que las mares se me echaran encima, y me gorvería charco para que el sol me sorviese. ¿Qué? ¿No me escuchas?

Calló Amparo y no replicó Tenique. Estaban los dos desnudos y echados de espalda con el tronco en la arena y los pies dentro del mar.

Habían interrumpido el baño y se habían tumbado en la orilla por una costumbre que los retornaba a sus buenos tiempos de granujas vagabundos. Rompían las olas, tendíanse mansamente, rodeaban los cuerpos desnudos, y al descender les socavaba un lecho en la arena jalde, en la arena tibia, a pesar del agua, bajo el sol de agosto. En la espuma esplendorosa, en el playazo solitario, al pie del cantil y entre las grandes rocas desgajadas de las cumbres emergía el cuerpo trigueño de la Jaira suavemente blanco en los pies, en el vientre y en los pechos jóvenes ofrecidos al aire y a la luz. Iba y venía el agua perezosa como un halago, con el mismo ritmo con que acogió tal vez al hombre y a la mujer primeros que, perdidos en las selvas, llegaron frente al mar, padre de la vida.

Desde su arribada a los Valles, Amparo y Tenique se habían declarado independientes del resto de sus compañeros. Al volver a la costa, quedábanse a la zaga de los demás botes y se atracaban a una de aquellas calas salvajes sin más voz ni otra vida que las de las olas. Allí descansaban, allí nadaban en plena libertad, allí se gozaban revolcándose en la arena que el mar les barría cada noche amorosamente; y allí comían y dormían hasta que la sombra fresca y azul del cantil llegaba a despertarlos. Incorporábase Tenique, despabilaba a su compañera y llamaba a Garibaldi, que, privado de todo ideal amoroso en aquel desierto se consagraba prudentemente a la filosofía y a la exploración. Embarcados los avíos de comer, poníanse en franquía, izaban la vela y tomaban la vuelta de los Valles, a la hora en que los pájaros y los halcones regresaban a las cumbres.

Aquella mañana no tenía Juan ganas de pegar la hebra. Rumiaba algo y la Jaira le dio con el pie.

—Oye, tú, ¿que te pasa?

Pues sí, algo le ocurría. Tenían que hablar en serio. La Jaira acudió curiosa pero sin alarmarse. Con su imperturbabilidad de costumbre, se sentó al lado de su hombre, le miró los ojos y le abrió las mandíbulas.

—Echa por esa boca.

Tenique se incorporó también.

—Naa, que tengo mi plan y que vas a saberlo. ¿Me viste esta mañana charlando con el mayordomo del “detroller”. ¿Te fijaste en la botella que me dio a oler? ¿Reparaste en las cuentas que hacíamos con los dedos? El que cinco y yo que seis. ¿Y sabes lo que los dedos eran?

—¡Mira, tú! Pues eso: dedos.

—¡Cá!

—¿Peniques?

—¡Cá! ¡Libras, Amparillo, libras como soles!

—Jaste cuenta que no has dicho naa. A obscuras me tienes.

—Más clarito: que desde hoy se acabó eso de las gallinas y de las coles. Esta tarde tiramos pa el Sur en busca de vino y malvasía de la Vega. Mañana al anochecer llegamos allá, tú te queas en el “Celaje” y yo subo al pueblo, trato el vino con Panchito Cruz y a la madrugada estoy de güerta en la costa, con el arriero y los barriles. ¿Eh?

—Lo que tú digas.

—Verás: de esta nos lucirá el pelo. Por poco que dure la

guerra, si el mayordomo mantiene su palabra, nos haremos de plata. El vino y la malvasía andan tirados este año: la cosecha se viene encima y no saben donde meterlos.

—¿Y cuándo nos vamos?

—Ahora mismo... Comeremos andando. ¿Hay agua a bordo?

—Agua hay.

—Pues al avío.

—¿Y aquéllos? ¿No les decimos nada?

—Nada. Las moscas matan al asno y la envidia las ganancias. ¡Buenos están ellos! ¡Que se arreglen!

Izaron el foque y la mayor; y de bordada afuera, emprendieron el viaje.

XI

De rato en rato, preguntaba la Jaira, curiosa:

—¿Dónde?

Y Tenique le respondía, señalando unos basaltos inmensos.

—Allá. La boca no se ve hasta que uno se ha metido en ella. No la saben ni los mismos ingleses que son tan hurones. Es talmente un pozo al que se entra por una rendija. Dentro cabe un acorazado a sus anchas. Si no fuese por los bajos que la cierran, no habría en toda esta costa puerto mejor. Hay una fuente que cae desde muy alto y una vereda que sale arriba. ¡Ya verás!

Llegaron entre dos luces. La costa gris, sin árboles ni sol, atemorizaba. Sus grandes moles inclinábanse hacia el mar quieto y sombrío como aguas malditas, mansión de muerte. Amparo permanecía muda ante los despeñaderos oscos. Al socaire de la costa y sin arriar la vela, armó Tenique los remos y avanzó bajo los graznidos de los pajarracos que anidaban en las cumbres. A veces paraba de bogar y sondeaba los arrecifes en medio de la gran quietud turbada por los últimos gritos de las aves y el gotear de los remos.

Y así, lenta, calladamente, penetraron en la brecha que conducía a la dársena. La moza se había incorporado, y sobre los hombros de Tenique. Sí, aquello era un pozo, entre cuyos muros sombríos dormía el agua zarca al reflejo del cielo más lejano al parecer desde aquella hondura. La roda del “Celaje” chocó de pronto en un calabrote amarrado a una peña. Saltó Tenique para desembarazar el bote; y se quedó inclinado llamando con un ademán a su amiga. Acudió la moza y, sosteniéndose mutuamente, permanecieron un rato en suspenso, sin cambiar palabra. La madriguera no estaba desierta; detrás de unas rocas había un barco, uno de los cazatorpederos alemanes huidos del Puerto, hacía días. Tumbado a una banda, faltábale una de las chimeneas y mostraba el casco abierto en un boquete a medio cegar.

—¿Los alemanes? —silabeó Amparo.

—Los alemanes, sí. Larguémonos.

Al ciar para salir, dio Tenique una estropada en una roca, y Garibaldi rompió a ladrar, furioso. En el interior de la dársena se oyó una voz y simultáneamente sonaron dos tiros.

—¡Abre de ahí —gritó Tenique.

Atizó un puntapié al perro; y mientras Amparo apartaba de tierra el bote, bogó con brío para echarse afuera. En la dársena hubo un silencio, y después se oyó otra detonación más próxima que tumbó a Tenique de bruces sobre los remos.

—¡Coño! ¡Ladrones! ¡Me han matao!

Se levantó oprimiéndose la cintura, y al tratar la Jaira de reconocerle la rechazó.

—¡Quita! ¡Juyamos!

Intentó remar, pero se desplomó otra vez cuan largo era, al borde de la escotilla. La Jaira se lanzó en su auxilio, mas él la empujó hacia los remos.

—Boga, tú! ¡Arranca!

Y ya apartados del cantil, le indicó, más con señas que con frases, que casara la escota para aprovechar el noroeste que soplab a ráfagas tardías.

XII

Amparo obedeció; trincó la mayor; gobernó con un remo; y con la mano que le restaba libre atendió a su hombre. Al apartarle la camiseta, se quedó horrorizada: cuerpo y ropa chorreaban sangre. Quiso atajar la hemorragia, y con los dedos cubrió el balazo. Pero fue inútil: los dedos se le enrojecieron y la sangre borbotó de las costillas, acusadas terriblemente a cada aspiración del herido. Abandonado el timón, el "Celaje" cabeceaba de proa al viento. Amparo se arrancó un trozo de corpiño, volcó el barril del agua, y con el trapo mojado restañó la herida y la vendó como pudo.

— ¡Ahora, a tierra! — se dijo.

El cambullonero se negaba. ¿Qué socorro encontrarían allí? Lo mejor era continuar hasta el faro. En el faro había de todo y tenía él buenos amigos. La Jaira no replicó. ¡Al faro, pues! Embarcó los remos, empuñó la caña y apoyó en el regazo la cabeza de su hombre. Refrescaba el noroeste y el mar se tenía de azul más oscuro en contraste con el horizonte claro, barrido de brumas. Tenique pidió agua, bebió y aliviado pareció dormirse. El "Celaje" iba de bolina, azotado de través por las mares. Con la cabellera y la garganta al viento, gobernaba Amparo sin desviar los ojos clavados en el herido como si le quisiera arrancar el enigma de lo que iba a ocurrir. Y en tanto que cerraba la noche, el rostro del marinero se destacaba más blanco, más pálido, cual si la última lumbre del crepúsculo se concentrara toda en él.

Inclinóse la Jaira a escuchar la respiración de Tenique y percibió un burbujeo igual al de las olas que se deshacen en la arena. Los labios del moribundo se llenaban de espuma y los ojos abiertos se le quedaban en blanco. Le palpó con las manos trémulas y sintió que la pobre carne herida, la pobre carne amada se helaba por instantes. El burbujeo se trocaba en estertor y la inmovilidad en inquietud. El pecho se dilataba con angustia horrible como si no le bastase todo el aire de la mar. "¡Ampa...ri...llo...!", balbucían los labios torpes, en un anhelo último en que resucitaba acaso la visión del día dichoso en que, con las ramas de la aldea madre, llegó inesperadamente el amor que fue luz, libertad y contento de vivir. Luego enmudeció y reposó un instante hasta que de súbito, tras de una convulsión violenta y una aspiración no saciada, se desplomó para siempre...

Cara con cara, lloró Amparo sin consuelo. Los sollozos le subían a la garganta en arrebatos de dolor. Delirante se golpeaba la cabeza contra el muerto querido y le besaba la boca con frenesí brutal. Mitigado el primer impulso, alzó los ojos y se encontró perdida en el mar y en la noche. Obsesionada por su desventura no advirtió que había remontado el faro. Avanzaba mar adentro, a través de la obscuridad poblada de estrellas. Inclinada hacia adelante con la cabeza de Tenique en el regazo, un codo en la rodilla, y en la mano la frente, sentía el gotear de las lágrimas ardorosas sobre los pies desnudos. El viento y el rencor le enjugaron el llanto. En su corazón salvaje se despertó odio terrible contra el mundo cruel que no le permitía ser feliz ni aún en la miseria, contra la suerte maldita que aguarda el momento de matarnos para decirnos, por primera vez, cuánto vale el amor de que nos despoja. Se quería vengar, cobrarse la vida de Tenique, y este deseo imperioso le suscitó el recuerdo de los barcos ingleses que vagaban sin luces al largo, en plena noche. Fue como una revelación que le devolvió por un instante la serenidad. Enmendó el rumbo y ciñó más el viento.

¡Ahora, ahora sí que sabía a donde navegaba!

XIII

Al entreabrir los ojos vio Amparo a Garibaldi subido a una roca. Sin ánimo para lanzarse al fondo de la grieta, donde su ama se había desmayado, "el segundo" gruñía impaciente por satisfacer en halagos y brincos la alegría del encuentro. La Jaira se incorporó y, al salir a campo libre, hubo de apoyarse para resistir el asalto del pobre animal perdido en los trasbordos y angustias de la noche antes. "¡Quita! ¡Quita

allá!", le decía, y el pecho se le colmaba de amarguras al pensar en su infortunio. Recordaba su arribo al cazatorpederos inglés encontrado sin luces, en alta mar, como una sombra; su llegada al crucero; el paso por la cubierta casi a oscuras; un deslumbramiento al penetrar en la cámara de oficiales; sus esfuerzos para darse a comprender en la jerga anglo-franco-italiana aprendida de boca de los pilluelos del muelle; la incredulidad del comandante del buque; el cadáver de Tenique en el fondo del "Celaje" atracado a la escala; las consultas de la gente de a bordo; y por fin, el triunfo, la partida en una canoa; el bombardeo de la dársena, el asalto al cazatorpederos alemán por mar y tierra, los gritos, las detonaciones, el odio convertido en locura, y la llamada del barco enemigo volado por sus propios tripulantes acorralados de roca en roca, barridos sin compasión.

Rendida de hambre y de sed, miró la Jaira y no columbró rastro de las tropas inglesas; escuchó y percibió solamente el manantial que seguía murmurando en el fondo de la cala. No se oía voz ni paso humanos. La quietud inmensa de las cumbres, en la luz de la tarde y en el silencio del cielo, lo envolvía todo.

Se acercó a ojear el mar; un crucero permanecía fondeado al pie de la costa; en la cala solitaria el torpedero enemigo humeaba reventado, a medio varar en la arena. Desde lo alto de una roca gritó Amparo hasta perder el aliento; se despojó del corpiño y lo tremoló inútilmente. Nadie le respondía: no se destacaba del barco inglés bote alguno. ¿La habrían abandonado? ¿Volverían a tierra?

La sed la empujó al manantial. No juntó siquiera las manos para beber: ofreció el rostro al agua y tragó perdidamente hasta aplacar el ardor de las fauces y refrescarlos ojos hinchados. Reanimóse, y con la fuerza recobrada sintió revivir el odio que la sostuviera hasta caer sin sentido al acabar la lucha. Quería morir, pero morir matando: quería encontrar a uno de aquellos perros sin entrañas para echarle las uñas al cuello y escupirle todo su rencor y gozarse en su agonía. Rastreó todas las huellas de sangre, llegó a todos los rincones del cazatorpederos. Iba, venía como una fiera no saciada alrededor de los huesos ya roídos.

XIV

Desfallecida, se sentó en una roca, con los pies colgando sobre el agua. El mar encendido con las nubes del crepúsculo parecía escupir en la arena la sangre del combate. Sobre la paz de la dársena revoloteaban un bando de palomas. Amparo sintió tras de sí, sobre unas peñas, el crujido de un matorral. Se levantó y miró. ¿Habría sido el viento? Trepó resuelta y, ya en lo alto, se detuvo en actitud de victoria y asombro. En medio de las matas, olvidados por los ingleses, yacían dos hombres agarrados y crispados en una lucha de tigres. Estaban desnudos, con las carnes abiertas y la piel llagada de quemaduras. ¿La explosión los había arrojado allí? ¿O arrastrándose, en el estertor de la agonía, se habían tropezado y acometido con un impulso final de saña? La mujer los desenlazó y ambos quedaron de rostro al cielo. Respiraban aún y su mirar de alucinados conservaba todavía el horror del combate. Prostrada de hinojos entre los dos moribundos. Amparo los contemplaba con estupor. En los labios de la moza se apagó la sonrisa de triunfo y en sus ojos se reflejaron el espanto de una revelación súbita, lo triste de un arrepentimiento tardío. ¿Cuál de aquellos dos hombres era alemán? ¿En quién de ellos tenía que vengarse? Les habló y no le respondieron, buscó algo que los distinguiera y no encontró rastro de los uniformes. Despojados de los distintivos con que les enseñaran a odiarse, volvían a ser lo que serán los hombres un día que ha de venir, que vendrá seguramente: hermanos.

Con el dolor de la venganza inútil, y con piedad hasta entonces ignorada, corrió la mujer al manantial, tendió las manos, recogió el agua en ellas y la derramó compasivamente en los pobres labios agonizantes.



*“Te imagino ya, saliendo al jardín de la casa.
Tú sola... o con lo que venga.*

No creas que hay muchos pisos como el nuestro.

Y yo quería que tú y yo viviésemos en uno de ellos.

*Cuando di la entrada para la casa, me sentí... seguro
de mí mismo, y seguro de que íbamos a ser muy felices.*

Siempre. Y todo, gracias a nuestros ahorrillos.”



**Caja Insular de Ahorros
de Gran Canaria**

Ahorrar es conseguir.



“Veinticinco años juntos. Han sido tiempos de esfuerzo y hasta de sacrificios. Te has dedicado a nuestros hijos y has escuchado con la boca abierta el relato de sus aventuras en ciudades que a ti te parecían de otro planeta. Por eso he comprado los billetes. Y no protestes. Para eso están los ahorrillos.”



**Caja Insular de Ahorros
de Gran Canaria**

Ahorrar es conseguir.